

CARTA PASTORAL INTER-CONGREGACIONAL

Religiosos Camilos – Hijas de san Camilo Ministras de los Enfermos de san Camilo

Año Santo de la Misericordia – 2016

SER CAMILOS.

**CAMILO, Enrico, María Domínica, Luís, Josefina, Nicolás, Germana, Héctor, Aristeo ...
¡La llamada a ser testigos y profetas de la misericordia de Dios!**

« **No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados:**

- si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento.
- si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo.
- si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (cfr Mt 25,31-45).
- igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y, en ocasiones, es fuente de soledad;
- si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza;
- si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia;
- si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros;
- finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas.

En cada uno de estos “**más pequeños**” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: « En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor »
(FRANCISCO, *Misericordiae Vultus. Bula del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, 15)

«Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad. Pienso particularmente en Martín de Tours († 397), que primero fue soldado y después monje y obispo: casi como un icono, muestra el valor insustituible del testimonio individual de la caridad. A las puertas de Amiens compartió su manto con un pobre; durante la noche, Jesús mismo se le apareció en sueños revestido de aquel manto, confirmando la perenne validez de las palabras del Evangelio: « Estuve desnudo y me vestisteis... Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis » (Mt 25, 36. 40).[36] Pero ¡cuántos testimonios más de caridad pueden citarse en la historia de la Iglesia! Particularmente todo el movimiento monástico, desde sus comienzos con san Antonio Abad († 356), muestra un servicio ingente de caridad hacia el prójimo. Al confrontarse « cara a cara » con ese Dios que es Amor, el monje percibe la exigencia apremiante de transformar toda su vida en un servicio al prójimo, además de servir a Dios. Así se explican las grandes estructuras de acogida, hospitalidad y asistencia surgidas junto a los monasterios. Se explican también las innumerables iniciativas de promoción humana y de formación cristiana destinadas especialmente a los más pobres de las que se han hecho cargo las Órdenes monásticas y Mendicantes primero, y después los diversos Institutos religiosos masculinos y femeninos a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Figuras de Santos como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, **Camilo de Lelis**, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, José B. Cottolengo, Juan Bosco, Luis Orione, Teresa de Calcuta —por citar sólo algunos nombres— siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor».

(BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est. Encíclica sobre el amor cristiano*, 40)

«La asistencia prestada a las necesidades y a los dolores físicos y espirituales de los enfermos quiere ser la prolongación de la inagotable misericordia y paciencia y bondad de Jesús nuestro Señor, que se ha reclinado sobre todas las miserias de la humanidad herida por el pecado, y a través del cuidado de los cuerpos sufrientes, dio la paz y salvación a las almas. Su presencia en los hospitales, en las clínicas, al lado del pobre y de los necesitados sea por eso la irradiación constante de la caridad de Cristo, **la apologética vivida de la delicadeza**, del desinterés, del heroísmo, si es necesario, de

quien ha hecho del ejemplo de Jesús nuestro Señor la única razón de toda su propia vida, la medida de una necesidad sin medida, el resorte secreto de un gesto de generosidad destinado a quebrarse solo con la muerte».

(PABLO VI, *A los Camilos*, vol. III, Tip. Pol. Vat., 1965, pp. 289-290)

La misericordia de Dios no es un ideal desencarnado de la realidad, relegado al mundo de las pías prácticas y de las devociones del corazón, sino una experiencia concreta que toca las historias y las heridas de cada ser humano.

Dan testimonio lo eventos existenciales y los caminos espirituales de los santos y de los beatos, que son testigos privilegiados de como el amor de Dios y su perdón de hecho no tienen límites. Entre estos testigos unos han hecho de la misericordia «*su misión de vida*» de modo más específico; otros han llegado a ser apóstoles de la misericordia y del perdón al reclinarse sobre la heridas más profundas de la humanidad.

Es por esta razón que hemos escogido reflexionar sobre la experiencia de la misericordia-compasión, en este año jubilar de la misericordia a partir de la preciosa memoria ‘*camiliana*’ que nos une: el carisma de misericordia hacia los enfermos que nos ha consignado san Camilo de Lelis, al leer y reflexionar sobre sus palabras, sus opciones, sus decisiones, en el universo íntimo espiritual de “nuestros” santos, beatos y siervos de Dios.

Los llamamos también “profetas” de la misericordia. Hombres y mujeres de Dios que, con sus intuiciones, su vida, sus palabras, han anunciado aquel abrazo de misericordia del Padre que Cristo narra en la parábola del “hijo prodigo” y se transfigura luego para nosotros en el cuidado, en la dedicación llena de compasión del “buen samaritano”.

Sus nombres están inscritos en el gran libro de la historia de nuestros Institutos religiosos de inspiración camiliana y son parte idealmente en el capítulo dedicado a los que pueden ser considerados los “beatos” del perdón, de la ternura divina, de la acogida absoluta, del amor gratuito, del don del propio corazón hacia la persona que es pobre, enferma y que está en necesidad.

San Camilo de Lelis

«... todas sus altas contemplaciones, éxtasis, raptos y visiones consistían en entregarse, casi noches enteras, a mirar fijamente cualquier cuerpo muerto o moribundo o a los pobres enfermos acabados. Y en dichos cuerpos, tan extenuados y macilentos, consideraba él la gran miseria de la vida humana... con semejante espectáculo aprendía él a vivir para morir.

Estos fueron siempre sus libros y sus escuelas, donde aprendió a despreciar el mundo y amar a sus prójimos»

(SANZIO CICATELLI, *Vida del P. Camilo de Lelis – Vms – 251*).

Beata Josefina Vannini

«Las ideas internas que nos turban no son nunca producidas por espíritu bueno, por eso no son de Dios. Aquella falta total de confianza en Dios, temiendo también no salvarse es cosa diabólica. Mucho mejor es abundar en la filiar confianza en Dios que dudar de una tan grande bondad y misericordia. Entendiéndose bien que el demonio gozaría a verla hacer el gran error de dejar su lugar para buscar una mayor quiete y perfección» (MV carta 53 a Sr. Gerarda Legrand).

Beato Enrico Rebuschini

« La asistencia prestada a las necesidades y a los dolores físicos y espirituales de los enfermos quiere ser la prolongación de la inagotable misericordia y paciencia y bondad de Jesús nuestro Señor, que se ha reclinado sobre todas las miserias de la humanidad herida por el pecado, y a través del cuidado de los cuerpos sufrientes, dio la paz y salvación a las almas. Su presencia en los hospitales, en las clínicas, al lado del pobre y de los necesitados sea por eso la irradiación constante de la caridad de Cristo, la apologética vivida de la delicadeza, del desinterés, del heroísmo. Este estilo cristico parece ser el compendio de los propósitos y del apostolado del Siervo de Dios Enrico Rebuschini, que ha seguido fielmente el ejemplo y la doctrina de Cristo y consagró su vida al servicio de los enfermos y de los pecadores, a quienes, con humildad y caridad, ha repartido con generosidad los dones de la Redención, ofreciéndoles hacer la experiencia de la misericordia de Dios y de aquella dulzura del Evangelio del que todos tenemos necesidad»

(del Decreto Super Virtutibus).

Beata María Doménica Brun Barbantini

« ¡La omnipotencia de Dios! ¡Cuántas delicias, cual magnificencia se presenta ante los ojos que quieren apreciar la bondad de un Dio Creador hacia nosotros viles creaturas! Pero yo, creatura vilísima, ¿Cómo he correspondido? ¿Cómo he amado mi Creador, mi Redentor, mi generoso Benefactor? Mis pecados lo demuestran con abundancia. Mi

ingratitude servirá siempre a humillarme, a pedir misericordia y perdón, no a asustarme, ni nunca a desconfiar de la divina misericordia. Animo entonces, te digo también a ti mi querida hija..., Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (de los *Escritos espirituales*, n.80).

Beato Luís Tezza

«Lo único que tienen que ejercer es el poder de la firmeza dulce, sin debilidades, y de la misericordia que perdona siempre, siguiendo el ejemplo de Jesús. Escuchen que les habla, entrando en sus pensamientos, en sus luchas, en sus sufrimientos, en sus penas. Trasládense en esa persona. Sean firmes, realistas, justas y buenas; hablen poco de ustedes mismas. Si hay enfermas cúrenlas y háganlas que las cuiden con la ternura de una Madre» (de los *Escritos*, año 1892).

Siervo de Dios Nicolás D'Onofrio

*«San Pablo es consciente de ser el apóstol de las gentes, pero únicamente por la infinita misericordia de Dios que le ha convertido del pecado. **Nosotros so0mos un monumento viviente de la misericordia de Dios.** Jesús dijo a Santa Caterina de Siena "Tu eres aquella que no es, Yo soy Aquel que es". Esto es el más grande motivo para podernos humillar delante del Altísimo. ¡Esto es algo sencillo, y casi nadie lo hace!... Si conociéramos el camino que nos lleva a la santidad, a la obra. No sabemos hasta cuando viviremos. Cuando uno posee la humildad, esto se reconoce rápidamente, igual que cuando uno es soberbio. Desde la persona humilde se genera fascino irresistible por lo que también el pecador está prostrado. Para alcanzarla hay muchos medios que nos ayudan. **La humildad verdadera consiste en el reconocer la propia nada y en amarlo, esperando solo en la infinita misericordia de Dios,** de otro modo la humildad sola sería desesperación. Tenemos delante de nosotros la figura de Jesús humilde»* (Reflexiones a margen de los *Ejercicios Espirituales*, año 1960).

Sierva de Dios Germana Sommaruga

«La acción de Sommaruga se ha desarrollado en obras de misericordia de amplio respiro espiritual y social, que inauguraron también nuevas formas de presencia de la mujer en la Iglesia y en la comunidad civil.

*Luego de Jesucristo y su Evangelio, principal inspirador de Germana fue san Camilo de Lelis, luminoso ejemplo que muy bien se adapta al epíteto de «gigante de la caridad», capaz de **mostrar, con las palabras y con la sobras, aspectos fundamentales de la misericordia de Dios** y de promover una reforma del mundo de la salud y del cuidado del enfermo que también hoy espera ser planamente realizada.*

De san Camilo, Germana aprendió la extraordinaria lección de la misericordia y de la compasión que emanan de la parábola evangélica del Buen Samaritano: aprendió, así, a permanecer al lado de los enfermos y hizo que otras mujeres y hombres, junto con ella, fueran atraídos por el amor recibido y donado en los momentos de dolor. Se comprometió además para que el estilo camiliano de acercamiento al sufrimiento no se limitase a preocuparse por aliviar las necesidades físicas, sino que se preocupasen también por el ánimo humano, muchas veces más enfermo y herido que el cuerpo»

(Del testimonio del Cardinal Dionigi Tettamanzi - Arzobispo de Milán).

Siervo de Dios Héctor Boschini

*«En el cielo de su vida en el Espíritu brillaban tres luces particulares: **el Cristo de la misericordia**, la Virgen Inmaculada y san Camilo. La particular devoción del Hno. Héctor al Cristo misericordioso, promovida por santa Faustina y autenticada por precisas intervenciones de Juan Pablo Segundo, ayuda para comprender con mayor detalles un aspecto de su espiritualidad. En las iniciativas de caridad él miraba no solo a salvaguardar la dignidad de las personas sino también a promover la salvación, apelando a la misericordia divina. La filantropía llegaba así a ser caridad no solo porque motivada de modo sobre natural, sino también porque se dirigía a la totalidad de la persona.*

*En su amor a Cristo misericordioso había también aquella dimensión reparadora que encontramos en **ola muchas de las almas místicas**, así profundamente unidas al Señor que advierten de modo agudo el ansia de reparar las ofensas dadas al objeto de su amor»*

(Del testimonio de p. Ángel Brusco).

Sierva de Dios Aristeia Ceccarelli

*«La experiencia humana hay que acogerla, leerla y comprenderla solo en una óptica de fe: el ser humano que no tiene la fe solo conoce limitadamente (en un pequeño horizonte), a diferencia de aquel que tiene fe que ve más lejano. Solo en una óptica de fe, de adhesión convencida al Cristo Crucificado se comprende el dolor y la vida. ¿Qué hay de más grande de un Dios? ¿Más vil que una pesebrera? ¡El amor iluminado de Dios para nosotros miserables y despreciables creaturas. La humildad de un Dios! ... ¿Qué no deben probar nuestras pobres almas? ¡Amen las lágrimas! Cuánto deseo sufrir, padecer, tanto con la gracia de Dios y solo por el único y puro amor Suyo. Dios, Dios solo y con ÉL amaremos sin medida nuestro Prójimo. Un "sí" incesante, Dios nos dará la fuerza, la posibilidad, los medios. **Hay que estar enamorados, hay que haber hecho experiencia del amor Crucifijo, de su infinita misericordia para comprender nuestra vocación a la compasión y a la santidad»***

(De los *Escritos y Memorias*).

« Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva... ». Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un « mandamiento », sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro »

(BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*. Encíclica sobre el amor cristiano, 1).

« Buen Samaritano es toda persona que se detiene cerca del sufrimiento... que se conmueve ante la desgracia del prójimo... que ofrece ayuda al herido... que es capaz de donarse a sí mismo... »

(Juan Pablo II, *Salvifici doloris*. Carta Apostólica sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, 28).

Pensar en la vida de S. Camilo es entrever en su biografía un conjunto de circunstancias biográficas y de aspectos del temperamento que han marcado a otras personas apasionadas por el ser humano, porque están fascinadas de Dios y ‘traspasadas’ por su misericordia. Su juventud negligente y extravagante, ¿no lleva tal vez a Francisco de Asís? Y su pasión por el juego ¿no recuerda aquella igual pasión imperiosa, de Blaise Pascal? Su origen militar de soldado aventurero ¿no es la misma de Ignacio de Loyola? La claridad del único fin perseguido con obstinada determinación por toda la vida (los enfermos) ¿no está cerca de aquella igualmente *monotématica* de don Bosco para con los jóvenes? Su afán piadoso por los sufrientes más abandonados ¿no es el mismo que empujó a Vicente de Paul o más recientemente al Cottolengo o Teresa de Calcuta?

Todos «modelos insignes de *caridad social* para todas las personas de buena voluntad» (*Deus caritas est*, 42) pero porque antes han sido ellos mismos fascinados y beneficiados por aquel «*Deus impassibilis, sed non incompassibilis*, Dios de la *con-solatio*» (*Spe salvi*, 39), que revela como la capacidad de sufrir (misericordia = *miseri-cordis*) por la verdad del ser humano sea la medida incontrovertible de la humanidad misma (compasión = *cum-patere*), llegando a ser entonces *ministros* (servidores, dispensadores, ...) *de caridad*, porque antes ellos han sido *objeto de misericordia* (experimentada antes sobre sí mismos y luego volcada con gran fortaleza, como compasión, como bálsamo lenitivo sobre las heridas y necesidades de los demás).

Anunciaron a Camilo que un ilustre prelado lo esperaba con impaciencia. Camilo estaba *embocando* a un enfermo. Replicó, sin ni voltearse: «*Digan a su Excelencia que ahora estoy ocupado con Jesucristo. Apenas haya terminado, me haré presente*».

Y el papa Clemente VIII, en los inicios de su pontificado, vino a hacer visita al hospital del *Santo Spirito*, Camilo se arrodilló para besarle el pie con su cuerpo gigante y con el mismo habito de trabajo que contemplaba también ‘*dos pequeños orinales*’ colgados a la cintura.

Las *fiestas de la caridad*: «*Párense. ¿A dónde van? ! En Milán hay la peste!* » Así una campesinos de la campiña de la ciudad de Pavía, en el invierno de 1594 intentaron detener un grupo de hombres que cabalgaban hacia la ciudad de Milán. Conocido el surgir del contagio, Camilo había reunido a seis de sus compañeros, en Génova, y lo más veloz posible emprendió el viaje para ir a ofrecer su ayuda. « *¡Es por eso que nosotros vamos allí!* », respondió sin detenerse. Estos son hechos de crónica con un lugar y una fecha. Pero también eventos emblemáticos: es la vicisitud de un hombre que con su ejemplo arrastra a otros, de un hombre-santo que presenta al mundo y en el tiempo su *compañía* para aliviar el sufrimiento, curar la enfermedad, alcanzando las periferias de la marginación.

La respuesta que Camilo dio al desafío antropológico que le ha sido providencialmente ofrecido por la contingencia histórica, se resume en una triple praxis: de las *manos* (*servicio completo a los enfermos*); de los *pies* (*viajes llenos de ventura en toda la península italiana*); de las *rodillas* (*oración asidua y sólida vida espiritual*). Al centro la figura del enfermo, en su totalidad (cuerpo y alma, enfermedad física que hay que sanar y miserias diversas que hay que acompañar, integrar, perdonar).

En la pedagogía de Camilo de Lelis, la cura de los enfermos se desarrolla sea en el perfil *sobrenatural* – ver en el enfermo la persona del Cristo sufriente (Mt 25) – como en el perfil *humano*, asumir las actitudes de una

madre llena de ternura por su propio hijo enfermo (el Samaritano en Lc 10,29ss). Las dos dimensiones no se pueden separar y surgen de una única perspectiva de fe: y esto porque en el pobre enfermo Camilo ve a Cristo mismo, y lo envuelve con ternura materna. Esto es un desafío, locura, casi utópica, de un amor imposible. Es una apuesta del corazón. Se puede afirmar que la gran obstinación de Camilo ha sido la de ‘*poner el corazón en estado de gracia*’.

A sus hijos recomendaba: “*Más corazón en aquellas manos, quiero ver más corazón...*”. Observándolo entre los enfermos del hospital (al *Santo Spirito* de Roma o a la *Cà Granda* de Milán), de preferencia de rodillas ante sus “*patrones y amos*”, se puede ver la impresión de una estupefaciente liturgia de la misericordia.

La de los santos no son nunca ideas abstractas, sino ideas-fuerza, de cuñas motivacionales, con un efecto transformador para la mejora de la sociedad de su tiempo y de la humanidad: ideas siempre válidas porque nacidas de la perenne novedad del Evangelio. San Camilo pasó sin dudar de la intuición a la actuación: «*Cada uno se cuide bien de no asumir actitudes de reformador, o sindico, o corrector para los hospitales, sino más bien se esfuerce en enseñar con obras más que con palabras*».

¡En Camilo, la *verdad* (ideal) se *concretiza* (obras) en esta línea de gran coherencia!

Los enfermos esperan, ante qué otra cosa, de conocer la novedad de la medicina y de la asistencia, en el rostro, en las actitudes y en los gestos profesionales de los que los cuidan (agentes de la salud) que trabajan en cada ámbito de la estructura de salud.

Camilo diría también hoy que «*modos nuevos se han de tener*», en los cuales debe haber, también en la fragilidad de ser humano, el reflejo de los *modos* con que Jesús médico de los cuerpos y de las almas, curaba a los enfermos que lo rodeaban. Aunque fuera solo la mirada y ternura de una madre.

¡Ante un programa ejemplar como este, puesto ante las difíciles situaciones que se encuentran, al riesgo del desánimo, a la tentación del desempeño, el *coraje de osar* es cuando más necesario para poder reactivar energías no solo para una más incisiva acción individual, sino para un ejercicio común de la misericordia, inteligente, programado, constante y generoso!

IDENTIDAD – CARISMA – ESPIRITUALIDAD CAMILIANA entre Pasado, Presente y Futuro

Lo que ha vivido Camilo es posible reinterpretarlo en sentido personal y original, solo alejando la atención de uno mismo: es el salto de calidad que Jesús pide al doctor de la ley (Lc 10,29ss.), un vuelco/cambio total de su perspectiva. El doctor de la ley pedía con cierta autosuficiencia a Jesús: «*¿quién es mi prójimo?*» y Jesús le pide al final: «*quién de estos tres ha sido prójimo de aquel que ha caído en manos de los salteadores?*», cómo decir que: no son los otros a ser prójimos a mí, sino *yo* debo asumir la iniciativa para aproximarme a los demás; hay que comprender que no es el universo que gira alrededor de mí como si todo estuviera a mi servicio, sino *yo* debo girar alrededor de los demás, deteniéndome, si es necesario, para dejarme provocar y madurar por sus necesidades!

Ahora el mandato del amor a Dios y al prójimo no es más ley imposible, sino nueva noticia, don para todos: de los que el samaritano asume el cuidado que ahora quedan habilitados para recorrer su mismo camino. El evangelista Luca no dice que los dos mandatos son similares o que se pueden unir en uno solo. También nos presenta un cambio: nos lleva a ver y acoger aquel amor de Dios para con nosotros, que nos permite amar a los demás. En la narración hay un disolverse de un personaje en otro, casi una sobre impresión progresiva: el doctor de la ley, junto con el sacerdote y el levita, está llamado a identificarse con el hombre casi muerto, el asaltado, de quien se encarga el samaritano, que luego desaparece en el horizonte hacia Jerusalén, donde llevará consigo su mal. Mientras este hombre se recupera y sana, gracias a la acogida y *com-pasión* del samaritano, y el nuevo sanado, a su vez, podrá, él también, acoger y tomar el cuidado con todos los medios de los medio muertos que encuentra: llegará también él a ser *buen samaritano*: esta es nuestra vocación específica.

Esta unificación de todos en una sola persona es el prodigio del amor: amante y amato – *sujeto y objeto de la compasión* – forman una única carne. Dios te ha acercado y se hace el camino y el herido que eres tú, de modo que tú, sanado, llegues a ser el samaritano en relación a Él, que, mientras se ha hecho un necesitado de ti. Entonces, en este momento Él ere tú y tú eres Él. Y tú, amando al último, amas directamente a Él que es el primero, que se ha hecho “último” de todos para servir a todos y así todos necesitan de cada uno. Es esta la salvación traída por Jesús: no el sueño de un suceso socio-político-religioso de cualquier molde; sino más bien un

“camino” de quién asume cuidar/sanar del mal y de la fragilidad del mundo, que ciertamente perdurará hasta el final. Esta es la frágil casa de Dios y del ser humano que nace allí donde una persona está dispuesta a acoger a los demás – también a los diversos de ella – con gestos que tiene la fuerza, desconcertante y liberadora, de la cotidianidad: *...al llegar junto a él, y verlo, sintió lastima. Se acercó y le vendó las heridas después de habérselas limpiado con aceite y vino; luego lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacó unas monedas y se las dio al posadero (invitándolo a asociarse a su obra de asistencia) diciéndole: cuida de él, y lo que gastes de más, te lo pagaré a mi regreso* (ministerio de la presencia en la ausencia).

Este es el vocabulario de la misericordia, es el lenguaje del amor, es la terminología de la paz, es el código del creyente, el manual de instrucciones para vivir con dignidad, más aún es el pasaporte no tanto para el cielo, sino para nuestros ser personas, para nuestro viaje hacia nosotros mismos, para nuestra peregrinación hacia el descubrimiento de lo que cuenta en la vida.

Camilo ha sabido vivir la gran dinámica de la *compasión samaritana*, porque antes a acogido la purificante y exaltante experiencia de la *misericordia divina*, en la lúcida comprensión de su identidad de ‘hijo prodigo’ acogido por Dios y reconciliado consigo mismo.

El perdón, como el que da el *padre* a los dos hijos (de la parábola), ha tenido en Camilo un efecto de sanación y de libertad: cada perdón, como cada Amor, del que el perdón es una forma particular, tiene origen en Dios, que por primero nos ha amado y nos ha perdonado.

Luego de aquel momento, cada gesto de compasión hacia los enfermos, ya no es para Camilo una solicitud que hay que cumplir por obligación, sino una respuesta al perdón recibido de parte de Dios y vivido personalmente. Camilo ha aprendido a ver en Jesús el rostro misericordioso del Padre, y propio mirando a Jesús Crucificado que pide perdón, que todo se dona y se consume: ha aprendido como hijo reconciliado a descubrir un llamado (tejido/recamo) de amor para sí mismo y para los demás pecadores, buscando llegar a ser propio como el Padre.

Para llegar a ser, entonces, el *padre* según el carisma del Amor Misericordioso, Camilo ha afinado la triple capacidad:

- de *com-prensión* (capacidad de abrir la mente para no juzgar la historia de la persona);
- de *com-pasión* (capacidad de abrir el corazón);
- de *com-moción* (capacidad de moverse hacia el hermano en necesidad).

¡Cuánta ternura! El *padre* ha interrumpido al hijo menor en el momento en que estaba confesando su culpa: «Ya no merezco llamarme hijo tuyo...». Una expresión, esta, insoportable para el corazón del *padre*, que a su vez se apresura a restituir al hijo los signos de su dignidad: el vestido más bello, el anillo, las sandalias.

La acogida del hijo que regresa está narrada de modo emocionante: «*Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio, y, profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos*».

La misericordia del *padre* es rebotante, incondicionada, y se manifiesta aun ante de que el hijo hable.

Esto ha experimentado Camilo sobre sí y desde este momento ha aprendido a hacer “lo mismo”: anticipar la necesidad del otro, no juzgar, devolver dignidad, calificar la vida de los pobres sin pretender la recompensa...

1. IDENTIDAD

1.1. El carisma de Camilo y de los Camilos

El *carisma* es inicialmente donado por Dios a un fundador, pero luego se profundiza, se desarrolla y se renueva en el tiempo, en la vida del Instituto fundado por él. La formulación que de ello se ha dado en el transcurso de más de cuatro siglos de historia de nuestra Orden ha quedado casi idéntica: ***es el carisma de la misericordia hacia los enfermos*** (*Formula de vida* del 1599). Modelo ejemplar insuperable es Cristo mismo, que ha dedicado casi toda su actividad pública a acoger a los enfermos y a sanar (en los dos sentidos de *sanar* y de *salvar*) sus enfermedades – como testimonio manifiesto de la presencia del Reino de Dios en la historia – y que ha mandado a sus discípulos de hacer lo mismo, uniendo a la misión de anunciar el Evangelio, la tarea de curar a los enfermos, afirmando que lo hecho a los pobres y a los enfermos lo consideraba hecho a Él (Mt 25).

Son múltiples y concordes los testimonios recogido en la *Positio super virtutum* del proceso de canonización de Camilo, que muestran con grandes detalles, como se tratase de un gran mosaico, aquella que podríamos llamar una **espiritualidad en acción**. Delante de nuestros ojos se presentan las diapositivas más lindas de la caridad concreta, diligente, creativa, sorprendente, inestancable, que atrae y es heroica.

La contemplación de Camilo, enfermero y sacerdote, fundador y leader de una verdadera *task force* para las emergencias, místico y organizador de ayudas..., lleva necesariamente a una espiritualidad vivida, desde las raíces muy profundas. Él es activo y contemplativo, ve a Cristo en el enfermo y al enfermo en Cristo, desea el bien integral de las personas pobres y enfermas y por eso vive en plenitud el valor del ‘sacramento’ del *vaso de aguas* (Mt 10,42), su contemplación se hace acción, y su caridad se nutre de contemplación.

El tribunal eclesiástico, que ha desarrollado la causa de canonización de Camilo, no desdeña la anecdótica, ilustrativa de la tensión caritativa que animaba a nuestro santo. Un día a la *Porta del Popolo (Puerta del Pueblo)*, encontró a ocho pobres abandonados, medio muertos de hambre y de frío. Lo convenció a ir con él al hospital. Uno de ellos en el camino se desmayó cayendo a tierra. Pasaba por allí un carruaje de lujo, con unos personajes. Camilo lo paró, pidiendo hacer en ello espacio para aquel pobre. Los señores bajaron del carruaje y lo prestaron a Camilo, que hizo subir a todo el grupo y fue al hospital.

Sabía también ser agresivo hacia aquel que de no soltaba los amarres del costal y que no quería darle la harina para el pan, ni ofreciéndole pagarla. El Monseñor, responsable del almacén, le dijo que el grano del depósito estaba medido y que no podía acceder a su petición. Camilo elevó su voz: «... *‘Si por este hecho (de que no me dan harina) mis pobres sufrirán o morirán de hambre, haré protesta ante Dios y los cito a ustedes ante su tremendo tribunal, donde deberán rendir estrechísima cuenta’*. El Monseñor, alarmado, ordenó que le fuera dado todo el grano que estaba pidiendo».

El carisma de la misericordia hacia los enfermos se especifica, en la comprensión que de ello ha tenido Camilo y en nuestra actual comprensión (ratificadas las dos por la Iglesia) según dos directrices:

- como *servicio integral (completo) a la persona enferma*
- como *‘escuela de caridad’ para los que comparten la tarea de asistencia a los enfermos.*

1.2. El servicio integral a la persona enferma

Los enfermos que se dirigen a Jesús o que le son presentados, esperan la sanación física. Y es mucho más lo que reciben (**salud y salvación**): además de ser sanados en el cuerpo, se sentían acogidos y comprendidos (hemorroisa, leproso, el ciego Bartimeo), sanados también de las heridas interiores del pecado (el hidrópico), iluminados en la fe, reinsertados en la comunidad que los había marginado, deseosos de testimoniar a los demás su encuentro con Cristo.

Camilo, renovando la praxis pastoral de su tiempo, desarrolla un servicio integral a la persona del enfermo, con atención sea a sus necesidades materiales que espirituales: «*Si alguno inspirado por el Señor Dios, quisiera ejercer las obras de misericordia corporales y espirituales según nuestro Instituto... sepa que ha de vivir... al servicio de los Pobres Enfermos, también si fueran apesados, en las necesidades corporales y espirituales*» (Formula de vida).

Para realizar este acercamiento integral a la persona del que sufre, él reúne en la Compañía laicos y sacerdotes, enfermeros, teólogos y músicos, nobles mujeres en Nápoles y prelados en Roma, doctos y analfabetos: cada uno da su aporte específico para el bien del enfermo.

Siempre en la línea de dar un atención completa en el ejercicio de la misericordia hacia los enfermos, Camilo precisa que el carisma del Instituto no solo se realiza en cuidar a los enfermos en los hospitales (lo que él llamaba el ‘*mar mediterráneo*’), sino también en acompañar y asistir los moribundos, especialmente en las domicilios (‘*el mar océano*’ prácticamente sin confines).

Daba así tanta importancia a este aspecto de la llamada ‘*recomendación de las alma agonizantes*’, que en unos importantes textos que definen el carisma se precisa claramente que el fin del Instituto es «*servir a los pobres enfermos de los hospitales en los aspectos espirituales y corporales y también recomendar las almas de los moribundos en la ciudad*» (carta al Capítulo del hospital Mayor de Milán, 1594). La misma precisión se da por bien tres veces en el Testamento de Camilo: «*Más aún, entiendo que no se asuma nunca el cuidado solo de la asistencia espiritual sin la asistencia corporal*». Aun estando vivo Camilo, se da testimonio del hecho que en muchas ciudades de Italia los Camilos eran ya conocidos con el nombre de «*Padres del bien morir*».

1.3. Escuela de caridad

El don recibido por Camilo y transmitido a sus hijos no se agota en el testimonio de la misericordia de Cristo hacia los enfermos y los moribundos. Siempre el fundador ha tenido la preocupación para enseñar a otros (a los enfermeros del hospital, a sus primeros compañeros, a los novicios que se unían a él) como mejorar su presencia al lado de las personas que sufren. Sobre todo con el testimonio de su ejemplo, y también con palabras que, a veces, llegaban hasta el reproche, no cesaba de amaestrar y exhortar a todos al servicio de asistencia «*con toda perfección*».

Amaestrado él mismo por la experiencia personal de la enfermedad, por la voz interior del Espíritu que lo guiaba y de la escucha de los necesidades de los enfermos, Camilo ha dado inicio a una verdadera y propia Escuela de enfermería, con precisas reglas asistenciales y un detallado manual (cfr. a ejemplo las *Ordenes y modos que se deben tener en los hospitales en el servicio a los pobres enfermos*, 1584), proponiendo un tipo de enseñanza que hoy definimos *integrado*, que contiene el saber y el saber-hacer (los conocimientos científicos y las habilidades técnicas), para luego saber ser, *uniendo las manos que curan y el corazón que ama*, la técnica y el amor, la competencia profesional y la visión de la fe.

La Iglesia ha reconocido como parte del carisma camiliano esta ejemplaridad y competencia en el servir y en la enseñanza en servir mejor a los enfermos. El Papa Benedicto XIV, declarando a Camilo santo en 1746, lo ha definido «*iniciador de una nueva escuela de caridad*» (cfr. Bula *Misericordiae studium*).

Con esta precisa y solemne solicitud magisterial de la Iglesia, nuestra dinámica vida consagrada camiliana se conecta más estrechamente al más amplio contexto de la tradición cristiana que ha reconocido desde siempre en el *ejercicio de las obras de misericordia corporales y espirituales*, el perfil evangélico práctico más calificado para la identidad, el desarrollo y la madurez de cada bautizado: «*la Iglesia ... en todo tiempo se presenta al mundo con el contrasena de la caridad ... Se explica así el número y la variedad de las instituciones dedicadas a las obras de misericordia*» (Const. 7).

Camilo, «*objeto él mismo de misericordia*» (Const. 8), ha sido provocado, sostenido y orientado por preciosos y providenciales *mediadores de misericordia* (Antonio de Nicastro, fraile Ángel,...) que han atravesado su vida hasta lo más hondo con auténticas *obras de misericordia* (ofreciéndole alimento, acogida y trabajo; consejo sapiente en la duda, ...), predisponiendo en su persona una *memoria de misericordia* que luego habría sido fuente de compasión para con los otros, sobre todo para los enfermos y con los pobres necesitados y lo baría animado en lo más profundo para «*enseñar a otros el modo de servirlos...*» (Const. 8).

«*Por tanto el carisma dado de modo especial a nuestra Orden, y que constituye su índole y misión, se expresa y se realiza en las obras de misericordia para con los enfermos* (Const.10-42) y «*con el ministerio de la misericordia para con los enfermos, que profesamos con voto,...*» (Const. 12).

2. LA ESPIRITUALIDAD que brota del CARISMA

Hablar de ‘espiritualidad camiliana’ es posible porque Camilo ha vivido él mismo en persona una intensísima experiencia espiritual y de este modo él es para nosotros también en esto fundador y modelo. La especificidad del carisma camiliano es el amor para con los enfermos vivido en comunidad. De este don deriva nuestra modalidad de vivir la espiritualidad cristiana.

Las indicaciones de la Constitución indican el fundamento evangélico profundo sobre el cual se funda la espiritualidad que brota de nuestro carisma: *la presencia de Cristo en nosotros que servimos al enfermo y la presencia de Cristo en el enfermo que nosotros servimos*.

Son las dos coordenadas de nuestro camino espiritual. Podemos afirmar que toda la Constitución, destilada de la experiencia del fundador, está permeada de una doble convicción:

- una que nos identifica con Cristo misericordioso y llegamos a ser buenos samaritanos para la persona humana en el momento en que ella más necesita de ayuda;
- otra en que reconocemos a Cristo crucificado en la persona que sufre.

Dicho de otro modo, queremos *ser Jesús para el enfermo y servir a Jesús en el enfermo*.

2.1. El descubrimiento de Dios

Antes de la conversión (2 de febrero de 1575) Camilo no era... camiliano. Si bien bautizado y formado cristianamente, sobre todo por su mamá Camila, vivía como si Dios no existiese, ocupado en otros pensamientos y realidades humanas. Se había acordado de Dios y lo había invocado una que otra vez, en especial en los momentos de mayor peligro en su venturosa vida militar, pero nada más: Dios era un recuerdo de la infancia y del catecismo aprendido de memoria. De consecuencia, su vida cristiana dejaba mucho que desear. Las personas que encontraba podían ser compañeros de armas, enemigos contra quien combatir y matar, compadres del juego de los naipes y de los dados, amigos con que gozar breves ratos entre una campaña militare y otra, fastidiosos vecinos de cama en el hospital de Santiago, frailes a quién pedir un trabajo y un trozo de pan,... todo lo que uno quiera, pero no un ‘prójimo’ a quien amar.

En el transcurso de las hospitalizaciones a que fue obligado por la llaga al pie, había encontrado muchos enfermos, pero como el sacerdote y el levita de la parábola de Jesús, había pasado cerca sin preocuparse de ellos, maltratándoles cuando había sido obligado a servirlos para ganarse los costos médicos de su hospitalización.

Y un día, a sus 25 años de edad y consciente de fracaso en su vida, Camilo descubre a Dios.

Lo encuentra reflexionando sobre la miseria de su situación, repensando a las exhortaciones espirituales del buen fraile Ángelo y guiado por una fuerte luz interior: «¿Porque hasta ahora he sido tan ciego de no conocer y servir a mi Señor?». Nace una *relación personal* con Dios.

Camilo experimenta la misericordia de Dios, le pide perdón y le agradece por haberlo esperado por tanto tiempo. Decide entonces consagrar a Él el resto de su vida entre los capuchinos.

Más tarde la voluntad de Dios lo llevará de nuevo al hospital, y esta vez con el corazón transformado e inflamado del amor de Dios. Cambiado la relación con Dios, cambia la relación con el ser humano: cada uno de los enfermos ahora es su hermano que hay que amar por Dios, un Cristo sufriente que hay que cuidar y un moribundo que hay que cuidar y consolar.

Luego de Camilo, todo aquel que «*inspirado por el Señor Dios*» quiera seguirlo en este servicio integral a los que sufren, lo hará «*por verdadero amor de Dios*», para «*complacer la voluntad de Dios*», «*para la gloria de Dios*» (Formula de vida).

2.2. JESUS crucificado

No se da una auténtica experiencia de Dios que no nazca en la soledad y no crezca en la dificultad de la prueba. Es claro que nosotros camilos y, de consecuencia, nuestra espiritualidad, venimos ‘del desierto’. Enfermedad, sufrimiento y tribulaciones han hecho siempre más encendida en Camilo no solo su proverbial devoción al Crucificado, sino han marcado también de una impronta espiritual a su vida. La experiencia de la enfermedad y del sufrimiento llegan para Camilo a ser el lugar teológico, en que resuena el llamado de Dios al acto de fe, a dejarse llevar por el camino de la beatitud reservada a quién sin haber visto (Jn 20,29) y, tal vez, sin ni comprender. Esta debe haber sido para Camilo, en aquellos inicios inciertos y llenos de dificultades, la *grave tribulación* de la oposición de parte de Felipe Neri, su director espiritual, al proyecto de una fundación.

El Crucifijo es un elemento unificante de la espiritualidad camiliana. Él, al mismo tiempo,

- es el “*servidor*” que dona la vida y aquel que es servido en aquellos con los cuales uno es especialmente identificado;
- es el “*lugar*” donde se aprende a morir para vivir y a vivir para morir;
- es el “*signo*” más excelente de la aceptación de la misericordia incondicionada, por personas necesitadas que, de este modo, pueden entrar en la verdad de sí mismo.

La Cruz es el gran símbolo de la misericordia que desborda trabucante del amor que nos habita: pues, ella es la última “prueba” del amor misericordioso: padecer por quien se ama, hasta “sacrificar” la propia vida en el fuego lento del servicio cotidiano.

El largo contacto que Camilo ha tenido con la vida y la espiritualidad capuchina ha dejado en él una profunda devoción por el Crucifijo, además de ser característica de la época en que él ha vivido. Devoción que se expresaba, por ejemplo, en la oración prolongada, a veces vivida «*con los brazos alargados sobre todo a los pies del SS. Crucifijo a cuya imagen era extraordinariamente devoto*». Toda su vida interior está permeada: «*En sus oraciones no se detenía en aspectos sutiles o especulativos, sino se concentraba todo en el S.mo Costado del*

Crucifijo y allí permanecía, allí solicitaba gracias, allí manifestaba sus necesidades y allí mantenía su coloquio con su amado Señor».

Las lágrimas de Camilo ante la Cruz nos llevan a una coordinada fundamental de la actitud creyente ante el misterio de Dios: *solo “entreteniéndose” ante el amor crucifijo, Camilo puede “manifestar sus necesidades”*. Delante de la Cruz Camilo se descubre ante todo como un hombre *necesitado de misericordia*. No solo de aquella que Dios puede reservar por la lejanía de su vida del pasado, sino también (si no principalmente) de aquella que Camilo mismo está llamado a tener hacia sí mismo, desde el momento que se reconoce amado integralmente por la misericordia divina. Solo a partir de la absoluta e incomprensible gratuidad del amor crucifijo, él aprende a tener misericordia de sí mismo, de sus límites, de aquella humanidad que esperaba ser conocida y respetada y que ahora está llamada a ser transformada y transfigurada a imagen del Crucifijo.

¡Y no busca otra posibilidad! Solo *‘entreteniéndose y concentrándose’* en la pasión de amor revelada en el Crucifijo, es posible acoger con serenidad el aspecto amable de sí mismo y reconocerlo, sin sentirlo como una ofensa por la propia estima personal. Solo así se es regenerado por la experiencia de la misericordia y se llega a ser misericordia, venciendo aquel miedo de amar con todo el corazón, que es propio de la pusilanimidad. La libertad de hacer un don total de sí, inicia desde el momento en que uno se apropia de sí mismo; aquí es revelado el camino de la vocación a la santidad, que pasa por la vulnerabilidad, el límite y la necesidad. Solo entonces, como ha sido para Camilo, es posible y se desea descubrir “las necesidades de Dios”, se sabe distinguirlas de las propias necesidades, se aprende a acoger la llamada a la conversión y, al límite, el progresivo abrirse de un carisma que redefine radicalmente la existencia de uno.

En diversas oportunidades Camilo testimoniará que la fundación del Instituto no es obra suya «sino del Crucifijo y de la llaga al pié». Camilo confía al Crucifijo dudas y dificultades cuando da inicio al primer grupo de compañeros en el hospital de Santiago y cada vez que encuentra obstáculos y tiene la tentación de terminar con aquello. Las narraciones de las apariciones del Crucifijo nos ofrecen unos elementos importantes para identificar la condición de inicio de la experiencia de Camilo. En particular su mensaje - « *¿De qué te entristeces pusilánime? Sigue en la empresa que Yo te ayudaré, pues esta obra es Mía no tuya*» - pone el acento en la pusilanimidad, en una fe vivida aún con un corazón de niño, un espíritu demasiado angosto, débil, vulnerable, para resistir al choque de la potencia del Espíritu, a la prueba exigente de la gratuidad del don.

Las palabras del Crucifijo son palabras que lo hacen *«el más contento y consolado hombre del mundo»*; y es también necesario que desde el inicio, esté la experiencia de un amor grande, una misericordia ilimitada que purifica y que recrea, para que el corazón pueda volver a pulsar según los latidos de Dios, y pueda continuar a hacerlo también cuando Dios parece haberse escondido y haberlo abandonado.

Emerge el carácter de *provisoriedad* de la experiencia de la Cruz en Camilo. Para el santo, que vagaba en la oscuridad de una voluntad de Dios todavía oscura, la cruz de Jesús era vivida en aquel momento como una consolación, la fuente de un afecto positivo, cargado de confianza y de esperanza; un resplandor de certeza en la incerteza del misterio de Dios; el testimonio de la presencia de Aquel que no se olvida del ser humano... en una situación que hablaba más bien de una lejanía, o por lo menos el silencio de un cielo que no hablaba. Podemos ver aquí a Camilo que está frente, si queremos, a la palabra fundamental de Cruz, al gesto de Dios que viene al encuentro del ser humano y lo busca. A pesar que se comunique a un “corazón aún demasiado pequeño” (pusilánime), Dios se decide por Camilo, se le avecina en el único modo que conoce: como misericordia.

Por dos veces el Crucifijo, hablándole en visión (o en el sueño) lo anima a continuar en la obra iniciada. En la Formula de vida, precisa que quién quiera unirse a él sepa que debe vivir «solamente por Jesús Crucifijo» y considerar «gran ganancia morir por el Crucificado Cristo Jesús».

Es el Crucifijo que él contempla extasiado en el rostro sufriente de sus enfermos. En los momentos de su muerte, contempla detenido al Crucifijo que él mismo ha hecho pintar para tenerlo siempre ante su mirada. En fin, en el testamento espiritual confía a Jesucristo Crucifijo todo sí mismo, alma y cuerpo.

3. En el CORAZÓN DEL EVANGELIO: LA CARIDAD

3.1. Ser Jesús para los enfermos

Vivir como cristianos es seguir a Jesús llevando con él la cruz, la nuestra y la de los hermanos crucificados que encontramos, por participar con Él y con ellos de la resurrección. Si no nos gusta hablar de cruz, porque aparece como algo negativo, no de moda, llamándola con su verdadero nombre, como lo ha hecho Camilo: es Cristo Crucifijo que continúa también hoy su pasión, en nosotros y sobre todo en aquellos que sufren, y completa la redención de la humanidad.

Fuente del amor (y por ende también del amor misericordioso para con los enfermos) es Dios.

Él ha manifestado la plenitud de su amor para con nosotros en la persona y en la obra de Jesús, que no ha amado hasta el don total de sí y ha sintetizado su enseñanza/doctrina en el mandamiento del amor. Nosotros podemos hacerlo presente hoy (actualizarlo) porque el amor mismo de Dios nos es dado en el don del Espíritu Santo.

Al sentirse llamado por Dios a testimoniar el amor misericordioso de Cristo hacia los enfermos, Camilo está consciente de haber encontrado el corazón mismo del Evangelio, el mandamiento del amor.

Con palabra entusiasmante recuerda a sus religiosos que quien se ha dedicado al servicio de los hermanos ha escogido «el plato más rico» del Evangelio, es decir la parte mejor, la que más quiere Jesús; y que viviendo según este carisma se puede «adquirir la preciosa perla de la caridad», para poseer la cual vale la pena dejar todo el resto.

Según su biógrafo, el Ciatelli, Camilo «no hablada de otra cosa, ni más veces, ni con más fervor que de esta santa caridad, y hubiera querido imprimirla en los corazones de todas las personas». La caridad hacia los enfermos – dice – debe revestirse de los caracteres de diligencia, afabilidad, respeto (cfr. *Órdenes y modos...*) y hay que vivirla «con toda perfección» y sin límites, hasta también arriesgar la vida, según la enseñanza del Evangelio: «Nadie tiene un amor más grande del que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13); porque «es este amor que nos transforma en Dios y nos purifica de toda mancha de pecado» (*Formula de vida*). Por esto hay que ponerla en primer lugar, antes aún de los actos de culto y de las prácticas de piedad, pues en el ejercicio de ella consiste la «suma perfección».

A propósito de la relación entre la caridad del prójimo y la unión con Dios en la oración, el pensamiento de Camilo es muy explícito. Al ver que unos religiosos suyos estando en el hospital preferían dedicarse a la oración más que al servicio a los enfermos («con pretexto que no querían distraerse de la unión interior»), se lamentaba, pues «no le gustaba aquel tipo de unión que cortaba los brazos a la caridad»; y porque en el Paraíso tendremos mucho tiempo para dedicar a la contemplación de Dios, en el presente se debe «dejar a Dios para Dios» para hacer el bien a los pobres (*Vida manuscrita*).

Igual que en la historia de la Iglesia se recuerdan tantos mártires que han dado la vida para testimoniar su fe en Cristo, nosotros podemos afirmar que en estos cuatro siglos de encarnación del carisma camiliano, muchos hombres y mujeres han sido “mártires de la caridad” en dar la vida por Cristo reconocido y servido en los enfermos. Tal vez es el martirio que más valora Jesús, pues el amor al prójimo hasta el don de la vida es el signo más característico de los cristianos («Por el amor que se tengan los unos a los otros, reconocerán todos que son discípulos míos» Jn 13,35) y nos coloca directamente a la raíz del Evangelio.

3.2. Reconocer y Servir a Jesús en la persona enferma

En el ejercer este servicio tan exigente y radical, Camilo es guiado por el Espíritu a actuar las dos líneas maestras de la caridad evangélica: **reconocer y servir a Cristo en el prójimo que sufre**; ser expresión de Cristo misericordioso que cuida y cura a los enfermos.

Las primeras dos expresiones del Evangelio citadas en la *Formula de vida* son del capítulo 25 de Mateo: «Cuando lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron (v.40)» - «Estuve enfermo y me visitaron... Vengan benditos de mi Padre, tomen posesión del reino preparado para ustedes (v. 34)...». Es precisamente para realizar estas palabras del Evangelio que Camilo y sus hijos e hijas se sienten llamados por Dios.

Por la fuerza del carisma recibido, la mente, el corazón y hasta los sentidos de Camilo son completamente transformados: él verdaderamente identifica a Cristo sufriente en los enfermos que encuentra, hasta llamarlos «mis Amos y Patronos». Y enseña: «con toda diligencia posible cada uno se guarde de maltratar a los pobres

enfermos, es decir con malas palabras u otras actitudes similares, y los atiende más bien con mansedumbre y caridad, recordando las palabras que el Señor ha manifestado: “Lo que han hecho a uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron”: por eso cada uno mire al pobre como a la persona del Señor» (Regla 39 en Ordenes y modos...).

Al terminar la liturgia del altar, él continuaba la adoración al lado de la cama de los enfermos. «Consideraba él tan vivamente la persona de Cristo en los enfermos que muchas veces, cuando los alimentaba, imaginándose que aquellos fueran sus Cristos, les pedía en voz baja, gracias y el perdón de sus pecados, estando con actitud reverente en su presencia como si estuviese en presencia de Cristo, alimentándolos muchas veces con la cabeza descubierta y de rodillas... Cuando cargaba alguno en brazos para cambiarle las sabanas, lo hacía con tanto afecto y diligencia que parecía estar cargando la misma persona de Jesucristo. Y también aunque el enfermo fuera el más contagiado o leproso del hospital, igualmente lo cargaba en brazo acercando su cabeza a la cabeza del enfermo como fuese la cabeza del Señor... Muchas veces al despedirse les besaba sus manos, o la cabeza, o los pies, o las llagas como fueran las llagas de Jesucristo» (Vida manuscrita, 228s).

También Camilo, como otras tantos santos y místicos, iba en estasis; pero a Camilo esto le pasaba ante los enfermos: al servirlo – como lo han testimoniado unos religiosos suyos - «estaba tan sonriente, abstracto y en estado de estasis», pues en los rostros de aquellos pobres enfermos «él no miraba otro que el mismo rostro de su Señor» (Vida manuscrita, 376).

4. EL FUTURO de la MISIÓN y de la ACCION CAMILIANAS. CAMINANDO JUNTOS, RECORRIENDO SEIS CAMINOS MAESTROS

«El Amor sin competencia es como un corazón sin brazos!» es una expresión que se atribuye a p. Calisto Vendrame, ya Superior general de la Orden. Y es a partir de este monito saludable que luego de haber conocido un poco más *los fundamentos de la misericordia camiliana con sus tres grandes elementos*:

- *Camilo de Lelis* de donde todo ha iniciado,
- *el carisma*, es decir, el aspecto providencial inicial (en que la iniciativa de Dios encuentra la libre disponibilidad del ser humano) y siempre fecundo y productivo en la historia
- *la espiritualidad*, es decir, el terreno de cultura que permite vivificar y mantener, permanentemente en acto y adecuada a la historia, la fuente inspiradora

podemos afrontar el “salir” en la historia, siguiendo el estilo de Jesús con sus discípulos, que luego de haber estado con Él, en su casa, luego de haber visto “donde habitaba” (“Vengan y Vean”), han sido enviados para volver al flujo de la vida con una identidad renovada que debe “informar/anunciar” las opciones, las obras y las relaciones.

Nos acercamos entonces a “salir/ir hacia” no para alejarnos/despedirnos de nuestras fecundas raíces, sino para ingresar en el mundo del ser humano, para vivir lo que hemos recogido en “nuestra casa camiliana”.

La *Misión* es la gran meta, la gran marco de nuestro trabajar juntos, la atmósfera en que hay que respirar; los *Valores* son los punto de partida, los pilares fundantes, y también el dispositivo de seguridad (*guard-rail*) que impide salir del camino durante el recorrido.

¿Cómo interrelacionar entonces los valores (momento del iniciar) y misión (la llegada)?

A través de caminos (son seis) maestros que es necesario recorrer:

- para vivir nuestra identidad camiliana
- y responder siempre mejor a los desafíos del mundo de la salud.

El nombre de estos caminos no pertenece solo a nosotros (pues la Misión y Valores no son *exclusivos* del cristiano, sino más bien son *inclusivos* para toda la humanidad). Y los compartimos con otras personas de buena voluntad. Y algunos de estos caminos están llenos de tráfico, otros permiten más velocidad, otros representan

empalmes que favorecen el movimiento. Cada uno de estos caminos tiene un a referencia bíblica porque simboliza una específica misión que hay que desarrollar en el ámbito de la salud.

El primer camino, incómodo y polvoso, es el de la **misión: va desde Jerusalén a Gaza.**

Es el camino recorrido por el apóstol Felipe para ir al encuentro con el Etíope ayudándolo a conocer y a descubrir a Cristo (Hch 8, 26-39). El Etíope es símbolo de los pobres y de los enfermos de todas las proveniencias étnicas culturales que encontramos en nuestra misión y en las tierras llamadas en vía de desarrollo. En el documento del Capítulo general “Hacia los pobres y el Tercer mundo” (1989) explícitamente se afirmaba «...*en los Países en vía de desarrollo nuestra colaboración está dirigida a promover de modo incisivo la coparticipación de las poblaciones y por ende de los pobres a las actividades que miran a su promoción, a favorecer la educación en salud y la prevención de la enfermedad, a promover la justicia social en todas sus aplicaciones legislativas y prácticas y a testimoniar nuestro compromiso y participación a través de la solidaridad y el compartir. Nuestro esfuerzo será eficaz si logrará concientizar a los pobres de su situación y hacerlos protagonistas de la propia emancipación y liberación.*».

Estas palabras escritas hace ya 20 años, con explícita referencia a los Países llamados “de misión” ahora son un claro llamado al empeño en nuestras sociedades occidentales, multiculturales, multi-religiosas, con aspectos de pobreza cultural, de salud, moral, relacional, ...siempre más evidentes y que solicitan una intervención inteligente y coherente.

El segundo camino, aunque algo confuso y caótico, es el de la **humanización, va desde Jerusalén a Jericó.**

Es el camino realizado por el buen Samaritano que se detiene a aliviar las heridas del que ha sido asaltado (Lc 10,30-37). Hoy se advierte la urgencia de humanizar al mundo de la salud en todos sus ámbitos, recuperando el «corazón en las manos» para el servicio al enfermo. El primer paso para humanizar es humanizarse. La humanidad se transmite a través de la acogida, los gestos, actitudes sanantes... a veces a través de una simple sonrisa: «Quién no sonríe – decía don Orión – no es una persona seria». En segundo lugar, se humaniza poniendo al enfermo al centro del servicio. Muchas veces el enfermo ha sido reemplazado por otros protagonistas e intereses: ideológicos, políticos, clientelares, sindicales, eficientistas,... Humanizar significa educar (*ex-ducere*, es decir: que cada uno ofrezca de lo que ya dispone, más que echar algo *ex-novo*) a relacionarse con el enfermo no como objeto de corazón, sino cual protagonista de su proceso de recuperación y sanación, comprometiéndolo en asumir sus responsabilidades y en despertar su «médico interior».

El tercer camino se llama **evangelización: es él que lleva desde Jerusalén a Betania (Lc 10,38-42 - Marta y María).**

En este camino Jesús ha encontrado a Marta y María, en su casa, transformando el encuentro en un momento de evangelización. El Papa Pablo Sexto en la Encíclica *Evangelii nuntiandi*, reconoce que el desafío más grande para la Iglesia es sembrar el Evangelio en la cultura, viviendo toda la urgencia de una *nueva evangelización*. Hoy en el mundo de la salud el Evangelio se anuncia de modo privilegiado a través del diálogo y la relación de ayuda con el enfermo, sobre todo comprendiendo y respetando sus diversos modos de responder a la crisis de la enfermedad. La enfermedad es «un tiempo para querer»: ella obliga al ser humano a detenerse, mirarse por dentro e interrogarse y puede llegar a ser el instrumento de una transformación interior. El enfermo mismo puede evangelizar con su dolor y su testimonio. En el pasado los sanos hablaban a los enfermos para exhortarlos, hoy son los enfermos – si se lo permitimos – que hablan a los sanos para iluminarlos. La evangelización se realiza todavía con la formación de una nueva visión de salud, concebida no como ausencia de enfermedad sino como capacidad de la persona para expresar sus potencialidades físicas, síquicas y espirituales, también en el contexto de las limitaciones generadas por la enfermedad. Es, en ausencia, redescubrir y promover la antropología de la persona, en su totalidad, dignidad y sacralidad, empeñándose a testimoniar el patrimonio de valores humanos y cristianos, particularmente a la luz de los complejos desafíos éticos promovidos por la ciencia hodierna en los momentos críticos del nacimiento y de la muerte.

El cuarto camino es el camino preferencial de la **formación. Está representado por el itinerario de Jerusalén a Emaús (Lc 24,13-25).**

Jesús a lo largo de este camino se hace compañero de viaje de los discípulos desanimados y perdidos, para iluminarlos con su catequesis, para animarlos y hacerlos testigos de esperanza. Hoy se advierte una progresiva toma de conciencia de la necesidad de profesionalidad y competencia. Una presencia siempre más humana y humanizante no se improvisa: la mente es como un paracaídas; funciona sólo cuando se abre. La formación, los cursos, los encuentros,... sirven a estimular motivaciones e intuiciones nuevas y a reducir la mentalidad del más o menos, la repetitividad y deterioro que puede minar la creatividad pastoral y profesional, reactivando más bien una animación más dinámica para un más competente servicio al lado del enfermo.

El quinto camino, muy transitado, se llama **colaboración**, y está simbolizado por el recorrido **desde Jerusalén a Cafarnaúm** (Mc 2,1-5).

En esta ciudad la iniciativa de cuatro voluntarios que cargaban a un paralítico para llevarlo a Jesús colgándolo desde el techo de la casa, ha contribuido a un proyecto de salvación y de sanación. Su esfuerzo comunitario nos hace ver la urgencia de desarrollar una pastoral, y en un ámbito más general, desarrollar las intervenciones terapéuticas superando el individualismo, la fragmentación de los esfuerzos, una mentalidad sectorial. El desafío es el de trabajar juntos en común para servir mejor al mundo de la salud, armonizando y coordinando los carismas y los recursos de todos: el enfermo, la familia, el personal de la institución de salud, la comunidad eclesial, el voluntariado, los organismos eclesiales y civiles.

El sexto camino es la **conversión** y es representada por el recorrido **desde Jerusalén a Damasco** (Hch 9,1-17)

El futuro apóstol Pablo, en este camino a experimentado la transformación de su vida. Es un itinerario que se relaciona con cada uno de nosotros desde cerca y que se expresa en la disponibilidad «de estar en grado, en cada momento, de sacrificar lo que somos por lo que podemos ser».

De un aspecto es un camino personal que requiere la humildad de cambiar en nosotros lo que tiene necesidad de ser cambiado, por otro aspecto es una confrontación con lo exterior que requiere el coraje profético de denunciar las injusticias, de ser propositivos de valores, de promover nuevos modelos.

Conversión es tener también el coraje de reconvertir la finalidad o identidad de determinadas obras, adaptándolas a los nuevos desafíos y liberando los recursos y las personas para horizontes y proyectos más proféticos.

Esta visión profética choca muchas veces con resistencias y miedos y con el temor de perder seguridades, estabilidad y protagonismos.

Un aforisma de K. Gibran nos recuerda que en la imagen de la *casa* y del *camino*, en su creativa tensión, está la memoria de nuestra historia y el llamado de nuevos horizontes:

- ¡«Mi **casa** me dice: ‘no me dejes, pues aquí está tu **pasado**’!
- ¡Y el **camino** me dice: ‘Ven y sígueme: soy tu **futuro**’!»!

Para continuar y fortalecer la reflexión

FUENTES CAMILIANAS

CICATELLI S., *Vita del P. Camillo de Lellis*, Casa Generalizia dei Camilliani, Roma 1980.

VANTI M. (a cura di), *Scritti di San Camillo De Lellis*, Ed. Il Pio samaritano 1965.

VENDRAME C., *Il Fondatore*, in A. BRUSCO, F. ALVAREZ, *La spiritualità camilliana: itinerari e prospettive*, Edizioni Camilliane, Torino 2001.

ALLEGRI R., *Vieni con me. La vita e la spiritualità di frater Ettore*, Piemme, Milano 2014.

BRUSCO A., *L'Amore non conosce confini. Beato Luigi Tezza*, Edizioni Casa Generalizia Figlie di San Camillo, Roma 2001.

CASERA A., *Beato Enrico Rebuschini. Angelo dei sofferenti*, Velar (Collana *Messaggi d'amore*), Gorle 2014.

CASERA D., *Il Beato Enrico Rebuschini*, Velar, Gorle 1997.

GIOIA F., *Il dono di servire gli infermi. Il carisma di Giuseppina Vannini e Luigi Tezza*, Edizioni Istituto Figlie di San Camillo Grottaferrata 1994.

GRIECO G., *Beata Giuseppina Vannini. L'amore dà la vita*, Velar, Bergamo 1994.

- LAZZARI R., *Con Maria ai piedi della croce. La dimensione mariana in Maria Domenica Brun Barbantini*, edizioni Camilliane (collana *Storia e spiritualità camilliana*).
- LESSI V., *Genio di carità. Maria Domenica Brun Barbantini*, San Paolo, Milano 2008.
- MANIGLIA A., *Patiendo et orando. Maria Aristeo Ceccarelli. Laica, sposa... madre*, Tau (collana *I Capolavori*), 2016.
- RUFFINI F., *Una vita donata. Vita del servo di Dio Nicola D'Onofrio, Religioso Camilliano*. Edizioni Religiosi Camilliani Provincia Romana, Roma 2001.
- SFONDRINI M., *Germana Sommaruga e il «sogno» di Dio*, Ancora, Milano 2010.
- TARONI M., *Beata Giuseppina Vannini, Velar* (Collana *Messaggi d'amore*), Bergamo 2012.

BIBLIOGRAFIA

- BENEDETTO XVI, *Deus Caritas est. Lettera enciclica sull'amore cristiano*, 25 dicembre 2005.
- GIOVANNI PAOLO II, *Dives in Misericordia. Lettera Enciclica sulla Misericordia Divina*, Città del Vaticano, 30 novembre 1980.
- FRANCESCO, *Misericordie Vultus. Bolla di Indizione del Giubileo Straordinario della Misericordia*, Città del Vaticano, 11 aprile 2015.
- FRANCESCO, *Il nome di Dio è misericordia*, Piemme, Milano 2016.
- GIOVANNI XXIII, *Discorso di apertura del Conc. Ecum. Vat. II, Gaudet Mater Ecclesia*, 11 ottobre 1962.
- BIANCHI È., *La misericordia di Dio. Una pecora, una moneta, un padre e due figli*, Qiqajon, Bose 2015.
- MILITELLO C., *Le opere di misericordia. Compassione e coltivazione dell'umano*, San Paolo (collana *Nuovi fermenti*), Milano 2012.
- KASPER W., *Misericordia. Concezione fondamentale del Vangelo – Chiave della vita cristiana*, Queriniana, Brescia 2013.
- KASPER W., *Testimone della misericordia: il mio viaggio con Francesco. Conversazione con Raffaele Luise*, Garzanti, Milano 2015.
-